Las bases de la economía agraria en la Baja Extremadura

La propiedad y explotación de la tierra en la jurisdicción
de Jerez de los Caballeros durante el siglo XVIII

Como ocurre en el resto de la Corona de Castilla en el Antiguo Régimen, la principal fuente de riqueza extremeña proviene de la tierra. La Agricultura y la Ganadería y, en menor medida, las actividades artesanales serán las bases estructurales sobre las que se asiente la economía.

Con el presente análisis pretendemos acercarnos a ese elemento básico que es la tierra, tomando como referencia y marco del mismo a una zona poco conocida desde los estudios históricos hasta hace poco tiempo: la jurisdicción de la ciudad de Jerez de los Caballeros, que ha sido objeto de nuestra investigación en tal sentido¹.

1.—*El reparto de la propiedad y su explotación.*

Jerez de los Caballeros posee un extenso término (de unos 740 km²). En esta amplia extensión de terreno, el sector económico fundamental desde hace siglos era el agrario. Durante el siglo XVIII las tierras de dehesa, olivares y viñas, así como las de huerta ocupan toda esa superficie. Por ello podría deducirse que las posibilidades de aprovechamiento del terrazgo serían óptimas y hubieran podido ser en general ventajosas para los vecinos, que dependían del trabajo de la tierra como único medio de subsistencia posible.

Sin embargo, las desigualdades en el reparto de la propiedad (al beneficiarse únicamente la clase oligárquica y los grandes propietarios), así como la baja productividad de los suelos, por la carencia de innovaciones en los métodos y técnicas de cultivo², la ocupación de las mejores tierras por los ganados trashumantes y el endeudamiento campesino son, entre otros, factores estructurales que incidirán negativamente en el desarrollo agrario y en la mejora de la producción, manteniéndose los recursos invariables a lo largo de todo el siglo XVIII.

En nuestro estudio de la demografía jerezana de esta centuria³ pudimos comprobar cómo la población fue creciendo de manera gradual, pese a la existencia de algunos ciclos negativos, sobre todo a partir de mediados del siglo. Pero este crecimiento demográfico no fue acompañado de un crecimiento económico real. Dicho de otro modo,

el aumento de la población desde los años centrales de la centuria no fue acompañado de un incremento de los recursos⁴. Esta fue, sin duda, una característica inherente al desarrollo de la sociedad de finales del Antiguo Régimen.

A través de algunas fuentes, como las municipales (libros de Actas), notariales (Protocolos), todo el aparato documental elaborado con el fin del establecimiento de la Única Contribución (Catastro de Ensenada) o los Interrogatorios de 1791 (de la Real Audiencia de Extremadura), podemos acercarnos a la distribución del terrazgo en Jerez de los Caballeros. Así, por ejemplo, según las respuestas al Interrogatorio de la Real Audiencia de Extremadura⁵ es posible establecer una clasificación del terrazgo según su tipología y distribución, ya que se da contestación por parte de la ciudad a cuestiones como las del «número de vecinos labradores de tierras propias, el de colonos, las fanegas de tierra de que se componían sus respectivos términos, las de huertas, olivares, viñedos, con otras circunstancias que con más individualidad constan de dicha circular».

En nuestro análisis no hemos constatado, como sí lo hace M. A. Melón Jiménez para las tierras cacereñas⁶, ninguna coincidencia entre los datos recogidos por el Interrogatorio y los de las Respuestas Generales del Catastro de Ensenada. Existen diferencias notables entre ambas fuentes en lo que se refiere a la información sobre los tipos de tierras y la superficie en fanegas que cada una ocupa. Como podemos observar seguidamente, la extensión de fanegas de tierra del término es menor según el informe hecho por la ciudad con motivo de la respuesta al Interrogatorio de 1791 que la que se nos informa en las Respuestas Generales del Catastro del año 1753⁷.

A continuación presentamos la distribución del terreno y de la propiedad para el año 1791 (véase Cuadro I), en función de los tipos de tierra, así como la edición de la misma y su extensión en fanegas. También se señala el porcentaje que cada tipo de tierra supone respecto al total general de fanegas del término.

En la respuesta número 9 al Interrogatorio mando cumplir en 1753 con ocasión de las gestiones relativas al establecimiento de la Única Contribución, no se observa coincidencia alguna en los datos que se apuntan con los posteriores de 1791. Así, por ejemplo, en el año 1753 las tierras labrantías y de labor parece ser que tienen una extensión de 50.812 fanegas, y las que son aprovechadas para pasto ocuparían

66.475 fanegas de superficie. Como se puede observar, las diferencias son notables. Según estas cifras, podríamos deducir que hacia 1791 se habría asistido a un progresivo decrecimiento de los pastizales, aunque mayor fue la disminución de la superficie de labor⁸.

Así, por lo que se aprecia en el Cuadro I, la mayor parte de la tierra está dedicada a pastos (en un porcentaje superior al 50% en general). Se trata de terrenos ocupados por dehesas de dominio particular que, por otro lado, suponen casi el 95% de todo el término de Jerez de los Caballeros, y de cuyo aprovechamiento suelen beneficiarse sobre todo los ganaderos trashumantes así como sus propietarios. Estos últimos las arrendaban por un largo período de tiempo y mediante contratos que abarcan casi todo el año.

CUADRO I

DISTRIBUCION DEL TERRENO EN JEREZ DE LOS CABALLEROS TIPOS DE TIERRAS Y SU SUPERFICIE

<i>Tipos de tierras</i>	<i>Superficie (fgs.)</i>	<i>Porcentajes</i>
Dehesas de dominio particular		
• Labrantías	36.770	37,9
• Pastos	53.890	55,6
Dehesas de Propios.....	2.050	2,2
Egidos del Común.....	2.050	0,3
Secano.....	520	0,60
Olivar.....	2.350	2,4
Huertas de regadío y frutales.....	725	0,8
Viñas.....	225	0,2
<i>Total fanegas del Término.....</i>	<i>96.880</i>	<i>100,0</i>

Las tierras de labor o «labrantías» corresponden también a terrenos ocupados por dehesas. En su mayoría también son de dominio particular y están sujetas en sus roturaciones a contratos de arrendamiento, según hemos constatado. Además, en el término de Jerez ocupan una extensión menor a la que poseen las tierras de pasto, pues sólo suponen el 38% del total. Por otro lado también las tierras del Común se suelen dedicar a labor, aunque en este caso se trata de una extensión

mínima que no supera el 2% de la superficie. Estas tierras de «sembradura» son aprovechadas normalmente por los vecinos, quienes reciben una hora para su cultivo y cuyo tamaño también dependería muchas veces de las posibilidades de cada cual para cultivarla. Por lo general los lotes de tierra suelen ser de una extensión reducida (a veces inferior a las 5 fanegas) y cuyos rendimientos son poco altos debido a la excesiva fertilización que se practicaba en estas tierras. Por tanto, en bastantes ocasiones la rentabilidad solía ser baja, al tiempo que era frecuente el endeudamiento que sufrían los campesinos a causa de los censos continuos a que estaban sometidas sus débiles economías familiares.

Los terrenos de olivar y viñas ocupaban el resto de la superficie útil y en total no llegaba al 3,5% de la superficie global del terrazgo, siendo una consecuencia no sólo de los rasgos geomorfológicos y físicos de la zona sino también del desarrollo generalizado que se advierte en muchas áreas geográficas extremeñas, con una agricultura tradicional y de subsistencia en la que el policultivo se ha consolidado como forma de explotación múltiple⁹. Alrededor de muchos núcleos extremeños se detecta la existencia de tierras de extensión variable, aunque nunca muy grande (en el caso de Jerez alcanzan las 2.647 fanegas), dedicadas al cultivo intensivo de cereales menores, leguminosas, hortalizas y frutales, viñas y olivos. Los productos obtenidos a través de estos cultivos son de consumo más o menos inmediato.

Como puede apreciarse también, la extensión del olivar es mucho mayor que la del viñedo (2,4% y 0,2% respectivamente). Ambos cultivos se protegían de las posibles intromisiones del ganado a través del cercamiento. Existía cierto temor, sin duda, al daño que el ganado pudiese ocasionar, sobre todo en los «pagos» de viñas ya que, como ocurría en bastantes núcleos, era frecuente la destrucción de cercas por parte de los ganaderos con el fin de que los rebaños pudiesen aprovechar las hierbas y los pámpanos¹⁰. Así, en algunas ocasiones se harán peticiones de cerramiento de determinadas propiedades para evitar los graves inconvenientes que se ocasionaban debido a la arbitrariedad con que en no pocos casos actuaban los propietarios de ganados, que de forma irracional tenían por costumbre entrar sus rebaños en terrenos útiles para la labor. Por ejemplo, en 1757 un vecino de la ciudad de Jerez obtiene licencia para poder cercar unas fanegas de tierra en las que tiene plantadas algunas cepas y olivos. La concesión de dicha licencia impli-

ca que tal terreno pueda quedar preservado de cualquier intromisión y daño en función de su utilidad pública:

«(...) Me ha sido hecha relación os perteneze una tierra en término de dicha Ciudad, de quatro fanegas y media a la falda del zerro llamado Juan del Río, cuyo término os perteneze por contrato otorgado solemnemente ante la Hermandad de Nuestra Señora de la Concepción de la espresada Ciudad y quien con lizencia de dicha Ciudad havéis fabricado un molino de azeite, de que se siguen conozidos venefizios a aquella población (...), y deseando plantar en el restante terreno de dicha tierra olivar y vides, con que se aumente también la cosecha de aquel territorio, en lo que se siguen también utilidades públicas y comunes (...), sobre lo qual y para ynformarme de si resultaría algún perjuizio del dicho zerramiento que pedís (...) mandé a el Conzejo, Justizia y Regimiento, de dicha ciudad (...) que ymbiasen relación de todo un parecer (...), y que así en ningún tiempo de el año ninguna persona así vezino de la Ziudad como de otras partes pueda entrar ni entre en dicho término de quatro fanegas y media de tierra a pastar con sus ganados mayores, ni menores, ni cortar la madera que produjese (...) ni gozar de otros ningún aprovechamientos contra la buestra voluntad, ni la de los poschedores que fueren de dicho término (...)»¹¹.

Los terrenos de huertas ocupaban las zonas más próximas a la población, e incluso solían ubicarse dentro de la misma (tanto en el área de extramuros como en la de intramuros). Su extensión es reducida, ya que sólo existen 725 fanegas (0,7% del total).

Las reducidas dimensiones de estas huertas, normalmente cerradas, se explican por las continuas divisiones y enajenaciones que, en muchos casos, habrían sufrido a lo largo del tiempo. Su explotación se llevaba a cabo en régimen intensivo, suponiendo en no pocas ocasiones un medio de subsistencia complementario y, a veces, también de suma importancia al solucionar y cubrir las carencias de productos alimenticios básicos para la dieta familiar diaria. En ellas se cultivan hortalizas, leguminosas, frutales, e incluso, plantas textiles, por lo cual exigían un riesgo frecuente. De ahí que se ubiquen también en aquellos lugares próximos a arroyos, manantiales o riberas, abundantes en los alrededores de la ciudad de Jerez. Al depender en sus rendimientos de la frecuencia y asiduidad del riesgo, ésta había de sujetarse a ciertas normas con el fin de evitar el desperdicio de agua. Se debía llevar a cabo una distribución de la misma de forma proporcional a las necesidades. En los años de sequía, las huertas (y por tanto los productos que en ellas se cultivaban) sufrirían las consecuencias negativas de la escasez de agua al tener que utilizarse esta sequía, las huertas (y por tanto los productos que en ellas se cultivaban) sufrirían las consecuencias negativas

tivas de la escasez de agua al tener que utilizarse ésta únicamente para moler el grano¹².

En el término de Jerez, hacia 1791, existían un total de 115 huertas de riego¹³, las cuales eran regadas gracias a las fuentes, estanques y arroyos abundantes¹⁴. De ahí que en los lugares donde existiesen condiciones físicas óptimas, pudiesen hallarse pequeñas vegas de extensiones reducidas a lo largo del mencionado término¹⁵.

Por otro lado, el arbolado predominante en la zona jerezana está compuesto, como en otras áreas de la Baja Extremadura, por arbustos de monte bajo, como son las jaras, charnecas, escobas, retamas, madroños, etc. Y son también abundantes en tales zonas montuosas las encinas, alcornoques, acebuches, entre otras variedades, formando parte del arbolado silvestre, y cuyos frutos suelen ser bastante útiles para el ganado (sobre todo porcino). Los plantíos sólo parecen efectuarse en el período que nos ocupa en olivares y viñas, y no son muy numerosos en lo que se refiere a este tipo de arbolado silvestre. Así, el cura párroco del Valle de Matamoros, villa muy próxima (dependiente de la jurisdicción de esta ciudad), señala en 1792 con motivo del Interrogatorio de Tomás López:

«(...) El término de Xerez y este Valle, que todo es uno, tiene 365 dehesas de todas clases (...) todas pobladas de monte de encina y alcornoques muy vien beneficiados, y en lo que no ay monte se an plantado en este siglo más de cien mil olibos, y actualmente se están plantando (...)»¹⁶.

Por tanto, y como apunta A. Domínguez Ortiz¹⁷, el progresivo desmonte que se efectuó en determinadas zonas, como es el caso de la de Jerez, durante el siglo XVIII pudo resultar beneficioso en cierto modo, ya que además de las tierras de dehesa (aprovechadas para pasto más que para labor), también existían otras que podrían ser cultivables, aunque para ello era preciso un intenso trabajo de monte de sus espesuras. La enorme cantidad de plantíos llevados a cabo en el término de Jerez así lo viene a demostrar. En los Libros de Acuerdos existen innumerables noticias al respecto¹⁸. Ya en el Informe General del Partido de Badajoz, elaborado con ocasión del mencionado Interrogatorio de la Real Audiencia de 1791¹⁹, se señala cómo para que la agricultura, que es la base fundamental del progreso de muchos pueblos, pueda salir adelante es necesario practicar roturaciones extensivas de forma gradual en tierras de distinta calidad (entre ellas las pobladas de monte

bajo y todas incultas en general). Los repartos de tierra son considerados importantes y necesarios, pero también los plantíos y cercamientos.

2.—*La explotación de la propiedad: sus formas y rasgos*

En función de esta distribución del terrazgo en Jerez de los Caballeros, podemos señalar y distinguir dos formas de explotación de la propiedad en la zona: existe, por un lado, la explotación de la gran propiedad que —como ya se señaló— ocupa más del 90% de las tierras del término; y, por otro, la explotación de pequeñas y medianas propiedades.

En el primer caso se trata de grandes superficies que corresponden a dehesas de particulares, con una doble dedicación: producción de cereales y aprovechamientos ganaderos de los abundantes pastos, en relación con el incremento de rebaños ovinos durante todo el siglo XVIII (sustentados en los pastizales extremeños durante el invierno o durante todo el año)²⁰. Y en lo que se refiere a las pequeñas y medianas propiedades, éstas suelen estar destinadas a cultivos de viñedos, olivares y productos de huerta, en régimen intensivo y con una extensión más modesta, como también apuntamos anteriormente.

La gran propiedad, con un régimen de explotación que se lleva a cabo de forma extensiva, es la forma de explotación más extendida no sólo en el término de Jerez, sino en todo el espacio extremeño en general durante todo el período moderno. De las 202 dehesas existentes durante el siglo XVIII, sólo 3 de ellas son de común aprovechamiento (pertenecientes, por tanto, a los Propios). El resto pertenecen a personas o instituciones particulares que se convierten, además, en los grandes propietarios territoriales gracias sobre todo a las continuas vinculaciones de bienes. El mayorazgo, como A. Domínguez Ortíz o B. Clavero señalan²¹, llegaría a su máxima expresión durante esta centuria. La persistencia de esta institución no favoreció otra cosa que la continuidad del latifundismo, así como el que se mantuviesen de forma permanente gran cantidad de bienes, como es el caso de estas abundantísimas extensiones de tierras, en manos de unos pocos propietarios. Por la voluntad del fundador de un patrimonio de mayorazgo (como se puede observar a través de los testamentos)²², los sucesores lo recibían de generación en generación, no pudiendo enajenarlo y sí aumentarlo.

La explotación latifundista de las tierras de dehesa²³ no era llevada a cabo de forma directa por el propietario, ya que por lo general se realizaba a través del arrendamiento, que resultaba muy rentable, pues eran frecuentes y generalizados los arriendos a sólo pasto hechos a ganaderos trashumantes. Un mínimo porcentaje de los terrenos de dehesa se dedicaban a un sistema de explotación a «monte hueco» o mixto (pasto y labor). Por tanto, como ocurre con la dehesa cacereña²⁴, la necesidad de disponer de tierras para labrar por parte de los campesinos sobre todo en los años más críticos, bastantes a lo largo del siglo XVIII en la zona de Jerez, explica las quejas ante el Cabildo municipal. Como más adelante señalaremos más detenidamente, hasta finales de la centuria no se llevarán a cabo algunos repartos de tierras de dehesas entre los labradores necesitados.

En el Interrogatorio de la Real Audiencia de 1791 se detalla que la explotación de las superficies adehesadas se efectuaba, como en otras áreas extremeñas²⁵, aprovechando el suelo (a labor y pasto), el vuelo (pudiéndose alimentar gran cantidad de cabezas de ganado porcino de los frutos del espeso y abundante arbolado existente en estos terrenos durante la montanera otoñal); pero también se practicaba un aprovechamiento de arbolado a través de las denominadas «casqueras»: se trataba de la tala o corte de árboles considerados inútiles o perjudiciales, con la correspondiente licencia. El producto de la casca, la corteza de encinas y alcornocues, era vendido a los curtidores de la ciudad de Jerez o de Zafra, que llegaban a pagar unos 4 o 5 reales por cada arroba. Para que no se produjesen abusos y cortasen más árboles de los que eran concedidos mediante las licencias en las dehesas comunales, en los Acuerdos se estipulan determinadas prohibiciones y penas²⁶.

Los rendimientos de las tierras de dehesa en su aprovechamiento para labor no eran nunca altos. El trabajo y la producción de las mismas pasan por una situación pésima. El cultivo se lleva a cabo por el denominado sistema de hojas o «giros», consistente en regímenes de barbechos prolongados, al ser la tierra labrada durante un año y aprovechada para pastos durante tres. Si a esto unimos la pobreza y precariedad del abonado y los métodos de cultivo tan sumamente atrasados que se emplean²⁷, podrá comprenderse que quedarían improductivas mientras no se cultivasen, al tiempo que la calidad de la tierra iría disminuyendo progresivamente (y más aún cuando el suelo fuese poco fértil). De ahí los bajos rendimientos. Por otro lado, este sistema de «gi-

ros de la labranza»²⁸ practicado en las dehesas del término de Jerez durante el siglo XVIII implica un cultivo de nuevas tierras que son repartidas en contratos de arrendamiento de forma arbitraria según la voluntad del propietario. Al mismo tiempo, este reparto que se lleva a cabo en determinadas ocasiones en las superficies de dehesas entre muchos arrendatarios, hace que sea frecuente el que éstos actúen en función de su propio beneficio.

Igual que M. A. Melón nos muestra para la Tierra de Cáceres²⁹, hemos sintetizado en un cuadro los datos que se desprenden de la observación atenta de los diversos contratos de arrendamiento efectuados en el término de Jerez de los Caballeros durante tres períodos del siglo XVIII (1700-1725, 1740-1766, 1780-1799), los cuales han sido detectados a través de las fuentes de Protocolos Notariales. Como en la zona cacaereña, se observa también una falta de continuidad, en lo que se refiere a la aparición de estos contratos de arrendamiento de dehesas, en dichas fuentes y, además, no en todos los casos se especifican datos importantes (como el período concreto de arrendamiento de dehesas o la superficie, en fanegas, de tierra arrendada). Así, como el autor citado señala, «es presumible pensar que muchos de los arriendos, si no la mayoría, se prorrogan mediante un acuerdo verbal»³⁰.

CUADRO II

ARRENDAMIENTOS DE DEHESAS EN EL TERMINO DE JEREZ DE LOS CABALLEROS DURANTE TRES PERIODOS DEL SIGLO XVIII

Años	Arrendmtos. a labradores		Arrendmtos. a ganaderos		Total Arrendmt. med.	Duración med. (años)	Valor total Arrendm.
	N.º A.	Valor (rs)	N.º A.	Valor (rs)			
1700-25.....	6	3.645	14	8.540	20	3	12.185
1740-66.....	19	13.306	13	9.100	32	3-4	22.406
1780-99.....	30	22.500	11	8.250	41	5	30.750

Como se observa en el cuadro que presentamos, los arrendamientos se incrementan a lo largo del siglo, al tiempo que el período de duración de éstos también se ve aumentado por término medio, aunque de

forma relativamente gradual. La mayor parte de los arrendamientos que hemos podido detectar corresponden a labradores, sobre todo en el último período muestreado (1780-1799). Por el contrario, el número de arriendos disminuye entre los ganaderos. Sin duda el saldo a favor de la ciudad en los continuos pleitos entablados con los trashumantes por el problema suscitado a causa de las posesiones influiría en tal hecho (sobre todo a finales de la centuria). Al mismo tiempo, a partir de 1780 tienen lugar algunos repartos de tierras de labor entre los labradores de la zona. Los ganaderos preferirían obtener contratos de arriendo en terrenos de sólo pasto. En la Tierra de Cáceres también se asiste por estas fechas a «una disminución de los rebaños que ocupaban los pastizales cacereños y una fuerte presión demográfica que apenas si consigue detraer — como en Jerez — una pequeña porción del terrazgo de esta dedicación preferentemente ganadera»³¹.

Por otro lado, muchas personas habrían de mantenerse mediante los recursos que pudiesen proporcionarles las tierras englobadas dentro de los llamados Bienes y Comunes. Como sabemos, los bienes de Propios «constituyeron un patrimonio territorial compuesto por dehesas, prados, bosques, montes y tierras labrantías, cuyo arrendamiento producía una renta al municipio destinada a costear sus propios servicios como institución de beneficencia e higiene; los «Comunes» eran también bienes que podían ser aprovechados por los vecinos, pero de manera libre, directa y gratuita, sin que el Ayuntamiento los pudiera convertir en fuente de renta (aunque también existían excepciones en determinados casos a esta regla)»³². Con la explotación de estas tierras, muchos vecinos lograban subsistir evitando de esta manera las a menudo gravosas condiciones que habían de soportar sus delicadas y frágiles economías si se enfrentaban a un arrendamiento en las dehesas de dominio particular.

La ciudad de Jerez disponía en tal sentido de algunas tierras de extensión reducida comparada con las de dominio particular. Además de cercados y huertas (150 fanegas), así como algunos egidos que servían para el pasto común (466,5 fanegas), también existían entre sus bienes de Propios un total de tres dehesas (cuya cabida alcanza las 3.480 fanegas). Estas dehesas se dedican a pasto (de las yeguas de los vecinos y del ganado «de carne» que se destina al abasto público), o a labor. Los terrenos de egidos y algunas de estas dehesas se labran y siembran cuando corresponde el «giro». Una de éstas, la dehesa boyal

de «la Zafra», la más extensa (3.000 fanegas), está dividida en cuatro «cuartos», o partes iguales (que llevan por nombre de «Los Obligados», «Arcos», «Zarza» y «San Benito»), los cuales tienen una dedicación comunal, aunque los dos últimos suelen ser arrendados para que sean aprovechados por los ganados lanares (que pagarían una tasa por ello a los Propios)³³.

A finales de este siglo que estudiamos existen ciertas críticas, que parten de sectores muy concretos de población jerezana, y que van dirigidas hacia la arbitrariedad con que se actúa por parte del Cabildo municipal en lo que se refiere a los repartos de las suertes de tierra Común entre los vecinos³⁴. Se trata de críticas muy directas a la corrupción y manipulación frecuentes de los miembros de la oligarquía local que ocupa normalmente la mayoría de los cargos concejiles y que, por tanto, puede actuar a su propia voluntad y según sus propios y particulares intereses, perjudicando en la mayoría de las ocasiones a los vecinos. Ello, además, en una ciudad como Jerez de los Caballeros, donde desde tiempo atrás existían gran cantidad de hidalgos y nobles³⁵, formando la clase que, junto con la Iglesia, era poseedora de los más importantes patrimonios y derechos. Algunos eran absentistas, pero los que residían en la ciudad o en su término dejaban notar su presencia por la enorme influencia que ejercían en la vida social, como ocurría en muchas otras zonas extremeñas³⁶. De esta forma controlaban y monopolizaban el poder local como un grupo cerrado formando auténticas oligarquías familiares. Por ello, el incremento de la superficie de tierra en poder de esta minoría privilegiada (a través de compras a labradores endeudados y arruinados, de la usurpación de algunas tierras comunales y baldías, entre otros medios) y la monopolización de la vida municipal, hizo que los abusos fueran muy frecuentes y el malestar de la ciudad creciese en determinados momentos. Ello fue denunciado en ocasiones desde ciertas instancias, sobre todo desde el clero secular. Tal es el caso de las duras críticas hechas por el cura Juan Antonio Núñez Barrero a través de su informe particular de 1791 y que fue hecho con motivo del Interrogatorio de la Real Audiencia de Extremadura³⁷.

Pese a que en 1766 el gobierno reformista de Aranda interviene en los gobiernos municipales (sobre todo por temor a que se repitiesen acontecimientos como los que siguieron en bastantes lugares al motín contra Esquilache³⁸ y a las alteraciones generalizadas en determinadas

zonas extremeñas, como es el caso de la jerezana)³⁹, y se trata de reformar en cierta medida el comportamiento de las oligarquías locales respecto a los bienes comunales (se llegan a crear, por ejemplo, dos nuevos cargos: personeros y diputados del Común). Como señala A. Otazu a la larga esta reforma fracasó «dada la radical división de aquella sociedad entre «poderosos» y desposeídos (jornaleros y labradores sin tierras), los abusos y malversaciones debieron ser frecuentes (...) Sobornos, cohechos y amenazas acabaron rápidamente por hacer ineficaz la labor fiscalizadora de los representantes del Común (...)»⁴⁰.

Por otro lado, en lo que se refiere a la explotación de las *pequeñas propiedades*, hemos señalado ya que se basaba en el aprovechamiento de terrenos dedicados al cultivo de viñas, huertos y olivares. Constituyen, desde luego, formas de explotación de rentabilidad muy exigua, donde predominaban métodos tradicionales y, por tanto, la productividad solía ser también baja.

Los pequeños y medianos propietarios realizaban de forma directa la labor en estas tierras. Los productos obtenidos se dedicarían al consumo familiar y también, a veces, llegaban a venderse en la misma ciudad en mercados locales. Como hemos podido observar, llegaron a ser muy frecuentes los arrendamientos de este tipo de propiedades. Y no resultaba tampoco raro que se convirtiesen en garantía y base hipotecaria de determinados censos y contratos de préstamo a los que sus dueños se sometían. Cuando el prestamista era un particular laico o una institución religiosa, por ejemplo, y el censatario se ve incapacitado para reintegrar y hacer frente a la amortización del préstamo y los intereses, muchos de estos bienes pasarían a ser controlados por el censalista. La mayoría de los propietarios de este tipo de terrenos en la ciudad de Jerez de los Caballeros pertenecía a una capa social media-alta y, desde luego, también lo fueron personas o instituciones integrantes, en no pocas ocasiones, del clero local. Según los datos que hemos podido recoger a través de las fuentes de Protocolos Notariales, sólo en un 12% de los casos observados se constata una propiedad directa entre individuos pertenecientes a un nivel social bajo (pequeños propietarios campesinos que disponen de un pedazo de huerto o de alguna pequeña viña, y que también han de emplearse temporalmente como jornaleros o braceros para subsistir). Por otro lado, estas propiedades forman parte de manera frecuente de los bienes pertenecientes a clérigos concretos, conventos, capellanías, etc., quienes las arrendaban

por periodos variables de tiempo y que oscilaban entre los 2 y los 8 o 9 años. Por ejemplo, el Cónvento de la Esperanza poseía un total de 6 huertas y 3 cercados de olivares y viñas. Estas tierras eran arrendadas a labradores jerezanos por un período máximo de 2 años en la primera mitad del siglo XVIII, y de 3 o 4 años a partir de 1759⁴¹. Por dichos arrendamientos periódicos obtenía más de cinco mil reales, así como diferentes productos en especie, en concepto de diezmos y primicias de tales tierras (la mayoría de dichos productos eran luego vendidos por el convento, con lo que recibiría también ingresos en dinero)⁴². Además, el importe de las rentas sufrirá a lo largo del siglo un considerable incremento, el cual es más apreciable entre los arriendos de huertas y pequeñas propiedades que entre dehesas⁴³. Este alza será más intensa a partir de mediados de siglo.

En definitiva, hemos podido observar que el aumento que experimentan los arrendamientos de este tipo de propiedades es bastante apreciable (el valor medio de tal incremento entre 1725 y 1762 es del 81,2%). Ello nos hace pensar que tanto los altos precios que en ocasiones habrían de soportar así como las condiciones exigidas en los contratos de arrendamiento, harían que sólo fueran efectuados éstos entre individuos cuya situación económica así lo permitiese (de un nivel social medio como mínimo). El acceso a la propiedad de la tierra indirectamente a través de los contratos de arrendamiento se ve muy limitado en general a causa de las escasas disponibilidades económicas de la mayoría de los vecinos jerezanos, que, como hemos podido comprobar, pertenecen en su mayoría a un grupo social amplio y formado por jornaleros y, en menor medida, por pequeños propietarios.

NOTAS

(1) Este trabajo fue presentado y defendido en la Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad de Extremadura en junio de 1987 como tesis de licenciatura, y lleva por título: *La ciudad de Jerez de los Caballeros en el siglo XVIII: Estudio demográfico y aproximación a la realidad socio-económica*.

(2) Las tierras son cultivadas con yuntas de bueyes, vacas, mulas y asnos, empleándose sólo el arado común sin «maquinaria» alguna en la trilla, y utilizándose como fertilizantes el estiércol proporcionado por el ganado estante o bien el sistema de rozas.

(3) Op. cit., págs. 14-195.

(4) MELON JIMENEZ, M. A.: *Población, Economía y Sociedad en Extremadura (1700-1814)*. T. I. Tesis doctoral inédita. Cáceres, 1986, pág. 147.

(5) A.H.P.C.: *Sección Audiencia*. «Interrogatorio formado por orden del Consejo, para la Visita de la Provincia de Extremadura, que deben hacer el Regente y Ministros de la Real Academia, creada en ella, antes de su apertura. Año 1791. Legajo 641. Expediente n.º 15, s/f.

(6) MELON JIMENEZ, M. A.: Op. cit., pág. 207.

(7) A.G.S.: *Catastro de Ensenada*. Respuestas Generales. Libro 154, fol. 7v.

(8) Así lo señala también M. A. Melón para la zona objeto de su profundo estudio (Op. cit., pág. 207).

(9) RODRIGUEZ CANCHO, M.: Op. cit., pág. 513.

(10) Ibid., pág. 517.

(11) A.M.J.C.: *Libros de Acuerdos*. Sesión 2 julio 1757. Leg. 13, Carpeta 87, fols. 54-56.

(12) Ibid., Ses. 12 julio 1734. Leg. 11, Carpt. 76, fol. 37; Sesión 27 agosto 1792. Leg. 16, Carpt. 114, fols. 129-131.

(13) A.H.P.C.: *Sección Audiencia*. Interrogatorio de 1791. Leg. 641. Expediente n.º 15. S/f. Respuestas n.º 36 y n.º 38.

(14) B.R.A.H.: *Memorias políticas y económicas sobre los futuros, comercio, fábricas y minas de España, por don Eugenio Larruga*. Madrid, 1795. Sig. 14/2570. Memoria CLVI, pág. 244.

(15) B.N.: *Sección de Manuscritos*. Respuestas de los párrocos al Interrogatorio de don Tomás López. Ms. 20.241, 36. S/f.: el párroco de Valle de Santa Ana, por ejemplo, en 1792, detalla la gran riqueza en huertas de regadío de esta población, gracias a las múltiples fuentes, regatos y manantiales del término de Jerez.

(16) Ibid. En este caso se trata de las Respuestas del Párroco de Valle de Matamoros al Interrogatorio de don Tomás López. Ms. 20.241, 35. S/f.

(17) DOMINGUEZ ORTIZ, A.: *Sociedad y Estado en el siglo XVIII español*. Barcelona, 1976, pág. 212.

(18) A.M.J.C.: *Libros de Acuerdos*. Ses. 6 abril 1731. Leg. 11, carpt. 75, fol. 20; Ses. 5 agosto 1734, Leg. 11, capt. 76, fol. 45; Ses. 16 agosto 1745. Leg. 12, carpt. 82, fol. 21; Ses. 24 marzo 1766, Leg. 14, carpt. 96, fol. 13; Ses. 29 enero 1772, Leg. 14, carpt. 100, fols. 154-175.

(19) A.H.P.C.: *Sección Audiencia*. Interrogatorio de 1791. Informe general del Partido de Badajoz. Leg. 641, expediente n.º 1. S/f.

(20) LLOPIS AGELAN, E.: «El agro extremeño en el Setecientos: crecimiento demográfico, «invasión mestaña» y conflictos sociales», comunicación presentada al *Congreso Conmemorativo del fallecimiento de Carlos III*. 1988. En prensa. Pág. 10 del trabajo inédito.

(21) DOMINGUEZ ORTIZ, A.: Op. cit., pág. 329. CLAVERO, B.: *Mayorazgo. Propiedad feudal en Castilla, 1369-1836*. Madrid, 1974. Págs. 21 y ss.

(22) A.H.P.B.: *Sección Protocolos. Leg. 2.206. S/f.*: En el testamento que otorgan los señores don Diego Maraver y Vera y doña Isabel de Silva, su mujer, se ordena el mantenimiento y vinculación de los bienes pertenecientes a su mayorazgo:

«(...) Y deseando el aumento y honor de nuestra Casa y familia, y considerando las prendas veneméritas de nuestro Hijo don Andrés Maraver y Silva, Marqués de Villa Alegre (...) para que perziba todos nuestros vienes expresados por vía y modo de Maiorazgo, el cual fue fundado por los Señores don Basco y don Gómez Maraber, y para que con las mismas condiciones, prohibiciones de enagenación y grabámenes lo goze y posea y disfrute después del fallecimiento de nosotros dos durante su vida... y después de los días de nuestro Hijo subzederán, los suios, nietos y demás deszendientes legítimos siguiendo en todo las reglas y modo de subzeder el referido Maiorazgo (...).»

(23) MARTIN GALINDO, J. L.: «La dehesa extremeña como tipo de explotación agraria», en *Estudios Geográficos* 103 (1966), págs. 157-266. MELON JIMENEZ, M. A.: Op. cit., pág. 211.

(24) PEREIRA IGLESIAS, J. L.: *Estructura agraria de Cáceres y su Tierra en el siglo XVI*. Tesis doctoral inédita. Cáceres, 1982, pág. 129.

(25) MELON JIMENEZ, M. A.: Op. cit., págs. 211 y ss.

(26) A.M.J.C.: *Libros de Acuerdos*. Ses. 1 diciembre 1721. Leg. 11, carpt. 68, fol. 37. Con más motivo se prohíbe esta práctica de forma indiscriminada entre individuos que no fuesen naturales ni vecinos de Jerez; así, respecto a los vecinos de Burguillos del Cerro se dice:

«(...) Que a qualquiera bezino de dicha villa que sea aprehendido, cortando o dañando en los árboles, montes baxos o altos, o sacando leña deste término (...) yncurrirá en las penas establezidas en la executoria que tiene ganada esta ziuada para la conservación de sus montes (...).»

(27) RODRIGUEZ CANCHO, M.: Op. cit., pág. 510.

(28) MARTINEZ Y MARTINEZ, M. R.: *El libro de Jerez de los Caballeros*. Sevilla, 1982, págs. 180-189.

(29) MELON JIMENEZ, M. A.: Op. cit., pág. 219.

(30) *Ibid.*, pág. 218.

(31) *Ibid.*, pág. 220.

(32) SANCHEZ SALAZAR, F.: «El reparto de tierras concejiles en la España del Antiguo Régimen», en *La economía española al final del Antiguo Régimen. La Agricultura*. Vol. I. (Dirigida por G. Anes). Madrid, 1982, pág. 191. La distinción entre «Propios» y «Comunales» es matizada por Nieto, A.: *Bienes comunales*. Madrid, 1964, págs. 171 y ss. BERNAL, A. M.: «La propiedad de la tierra: problemas que enmarcan su estudio y evolución», en *La economía agraria en la Historia de España*. Madrid, 1978, pág. 109.

(33) A.G.S.: *Catastro de Ensenada*. Respuestas Generales. Libro 154. En la respuesta a la pregunta n.º 22 se señalan las «propiedades» de la ciudad. Se apunta que los dos últimos «cuartos» de la Dehesa Boyal de La Zafra producen por su arrendamiento 6.100 reales en cada año.

(34) En su informe particular al Interrogatorio de la Real Audiencia, el párroco de la iglesia de San Bartolomé, don Juan Antonio Núñez Barrero, critica duramente la co-

rupción con que parecen manifestarse las actuaciones de los miembros del Ayuntamiento:

«(...) Porque (contraviniendo a las Ordenanzas de Jiros y repartimientos de tierras), los labradores son los últimos atendidos; y como las que les reparten son las más inferiores, por más que travagen nada cogen. Digo los últimos porque las tierras que se deben repartir de Común, se reparten entre los Jueces, sus Amigos Pudientes, los Alguaciles, escrivanos, ministros y todos sus parciales, en especial el Alcalde Mayor, que echa 8 y 10 pares de bueyes; con lo que toma para sí de estas como de las dehesas de dominio particular. En tanto grado, que ha llegado el caso de quitarle las rozas a un labrador, después de la mitad del trabajo hecho, y no pagárselo (...).»

Fuente: A.H.P.C.: *Sección Audiencia*. Interrogatorio de 1791. Leg. 641, expediente. n.º 15. S/f.

(35) DOMINGUEZ ORTIZ, A.: Op. cit., pág. 210.

(36) OTAZU, A.: *La reforma fiscal de 1749-1779 en Extremadura*. Madrid, 1978, pág. 75.

(37) A.H.P.C.: *Sección Audiencia*. Interrogatorio de 1791, ya citado. Véase el Informe particular de este clérigo jerezano que supo criticar con rotundidad y coraje la situación a que se había llegado en Jerez de los Caballeros a finales del siglo XVIII.

(38) DOMINGUEZ ORTIZ, A.: Op. cit., pág. 307. VILAR, P.: «El motín de Esquilache y las crisis del Antiguo Régimen», en *Revista de Occidente*, n.º 107, 1975. RODRIGUEZ, L.: «Los motines en provincias», en *Revista de Occidente*, n.º 122, 1975.

(39) A.M.J.C.: *Libros de Acuerdos*. Sesión 26 de abril 1766. Leg. 14. Carpeta 96, fols. 16-16v.

(40) OTAZU, A.: Op. cit., pág. 146. En general, la parcialidad con que, en ocasiones frecuentes, se actuaba era un hecho palpable. Véase por ejemplo RODRIGUEZ AMAYA, E.: «El caciquismo extremeño en el siglo XVIII», en *Revista de Estudios Extremeños*. T. X, año 1954, pág. 511-574.

(41) A.H.N.: *Sección Clero*. Cuentas del Convento de Nuestra Señora de la Esperanza de Jerez de los Caballeros. 1727-1777. Legajo 963. S/f.

(42) *Ibid.* Por ejemplo, entre 1737-1740, el Convento se hace cargo de 250 reales y 28 maravedís «que han importado 16 fanegas de cebada y 3 cuartillas de trigo percibidos por los diezmos y primicias de las tierras de huertas y cercados, correspondientes a los tres años de la cuenta del mencionado convento. También se hizo cargo de 140 reales de 2 fanegas de garbanzos que se vendieron a setenta reales cada fanega, y había existentes en el dicho Convento».

(43) A.H.N.: *Sección Clero*. Legajo y documentación citada. Así lo señala también OTAZU, A.: Op. cit., pág. 108.

ABREVIATURAS

A.M.J.C.: Archivo Municipal de Jerez de los Caballeros.

A.H.P.C.: Archivo Histórico Provincial de Cáceres.

A.H.P.B.: Archivo Histórico Provincial de Badajoz.

A.H.N.: Archivo Histórico Nacional (Madrid).

B.R.A.H.: Biblioteca de la Real Academia de la Historia (Madrid).

B.N.: Biblioteca Nacional (Madrid).

A.G.S.: Archivo General de Simancas (Valladolid).

S/f.: Documento sin foliar.

Leg.: Legajo.